

Una Ética Personalista y Orgánica

Hna. Dra. Elena Lugo

1. El pensar orgánico del P. José Kentenich de nuevo nos ofrece una visión integradora de varias corrientes en la ética filosófica. Sin pretender abarcar todos los aspectos inquietantes de la ética contemporánea por estar este trabajo centrado en la relación médico/paciente, selecciono aquellos temas que mejor contribuyen a la configuración de una ética del cuidado según el modelo beneficencia- en confianza/alianza. La exposición, en un capítulo posterior a éste, sobre la Filialidad Divina, Alianza de Amor y la Creencia Práctica en la Providencia Divina ofrecerán el marco espiritual para las observaciones de carácter filosófico en armonía con el personalismo ético que seguidamente expondré

2. La ética contemporánea ha oscilado entre un individualismo liberal centrado en el principio de autonomía, floreciente en un contexto cultural liberal de pluralismo ético, y un comunitarismo centrado en el principio de justicia social reflejando en algunos contextos culturales una visión colectivista y totalitaria de la sociedad. Esta oscilación se refleja en una ética clínica autonomista y en otra contractualista. El P. José Kentenich nos ofrece, de nuevo, una voz de moderación entre estos extremos al proponer su antropología religiosa y filosófica del hombre nuevo en la comunidad nueva.

3. La polarización en la ética filosófica contemporánea, y su reflejo en la ética clínica, puede resumirse como una tensión entre: A. individualismo- colectivismo; B. derechos individuales-deberes comunitarios; C. auto-realización - auto –renuncia ; D. autonomía - entrega de si ; E. pluralismo- dogmatismo; F. normas subjetivas -normas objetivas. Ninguno de estos polos puede ser el fundamento de la moral pues estaríamos estancados en la mentalidad mecanicista sobre la cual el P. José Kentenich tiene sus serias reservas, tal como lo explicase en el capítulo anterior.. Ni la ética de los mínimos del liberalismo pluralista defensor unilateral de los derechos individuales, ni la ética de responsabilidad comunitaria con menoscabo de la singularidad de la persona fomenten, una visión orgánica de la persona en su integridad. De modo, que ni una ética de los derechos ni una ética de los deberes resultan auto suficientes para una justificación racional de la experiencia moral. Mientras cada polo de la dualidad, aquí expuesta, se afirme en exclusividad e independencia del otro, y en la medida que cada polo ignore a su opuesto, o aun peor, intente asimilarlo, caemos en la fragmentación de la vida moral que la cultura posmodernista representa. La fragmentación, según ya la hemos identificado, refleja una mentalidad reduccionista, es decir, una tendencia intelectual a interpretar la totalidad de una estructura en términos de una de sus partes, y de interpretar un proceso con su continuidad en etapas discretas. A su vez, a la parte y la etapa seleccionada se le asigna una prioridad si no en el orden de ser, si en el del conocer y valorar. El reduccionismo y la fragmentación resultantes reflejan la corriente mecanicista que afecta la cultura moderna y posmoderna influyendo el pensar, el sentir, el amar y el actuar. El mecanicismo en la ética puede reducir a la persona a un átomo individual, ontológicamente independiente del orden objetivo e inteligible de lo real, y por ello interpretado como forjador del sentido y valor de su contorno y circunstancias. En otra variante del pensar mecanicista, en posible reacción polarizada a la reducción anterior, se postula a la persona como un eslabón sustituible y manipulable al servicio de una colectividad determinante de su sentido vital y valor personal.

4. La visión orgánica del P. José Kentenich, contempla integral los polos en la ética contemporánea con la intención de superar ,no solo el reduccionismo fragmentador, sino los meros compromisos, inspirados en la tolerancia mutua que a veces sugiere indiferencia ante el carácter propio de cada uno de los aspectos en tensión polarizada. Seguidamente selecciono algunos aspectos puntuales del sistema orgánico del P. José Kentenich, en cuanto pertinentes al tema específico de la ética, y luego me animo a presentar un modelo de la persona plenamente integrada en espíritu y conducta ética. El primer tema representa una perspectiva teológico-filosófico que creo restaura la armonía entre la inmanencia y la trascendencia en la vida moral; mientras que el segundo ilustra a modo de práctica psico-espiritual y educativa como ha de ser esa persona integrada para imitarla. Teoría y práctica se complementan en el pensar orgánico del P. José Kentenich.

5. Comparto ahora con el P. José Kentenich su inspiración en la tradición escolástica al reconocer la complementariedad fructífera entre razón natural y fe en la Revelación (Favor de ver la Encíclica de S. S. Juan Pablo II, FIDES ET RATIO). La Revelación y la investigación humana, la afirmación en el orden de la fe religiosa y las demostraciones lógicas se enriquecen mutuamente al orientarse de acuerdo a su vía particular de acceso hacia una verdad unitaria inherente al universo en cuanto creado. La fe religiosa y la Revelación que ésta expone constituyen el fundamento teológico, sin el cual no existiría una integración plena de la realidad tal como lo anhela experimentar el ser humano . La dimensión teológica asegura, complementa, corrige y perfecciona el conocimiento demostrado por la razón discursiva reglamentada por las normas lógicas con la cual guarda afinidad. La dimensión teológica expone sus explicaciones sobre el origen del universo en el orden del ser en sí en virtud de su contingencia y finitud, y no en el mero funcionar para lo cual las ciencias naturales son competentes. Igualmente, la teología plantea la finalidad última del universo en el orden de la significación, inclusive del origen y razón del ser persona en el ámbito individual y comunitario. La explicación teológica también aporta una justificación trascendental, en términos de la verdad sobre el ser (metafísica) a la concepción del bien, sin lo cual la filosofía de la moral quedaría inconclusa.

6. La dimensión filosófica complementa la teológica por medio de la investigación racional sobre los rasgos distintivos del ser persona como una entidad con su correspondiente identidad, dignidad, integridad, vinculaciones, y transcendencia. La filosofía intenta demostrar cómo la autonomía de la persona individual, en su condición contingente y finita, exige para su realización plena y auténtica vinculaciones comunitarias particularmente en el orden del amor en sus diversas modalidades.

7. La perspectiva orgánica del P. José Kentenich también enmarca sus acertadas consideraciones psicológicas en el contexto conceptual de la teología y de la filosofía . La psicología en su pensar orgánico le puso en contacto con los procesos vitales y más sensibles de la interioridad de la persona - consciente, subconsciente, inconsciente- en su desarrollo individual a través de su temporalidad. Su visión orgánica le encamina a lograr una integración conceptual de lo que significa ser persona en el ámbito de substancia / esencia universal y de la vivencia personal en el ámbito de la historicidad singular a cada persona. Ello le conduce a un proyecto educativo pastoral que se traduce en institutos y otras comunidades de formación espiritual y moral fundadas por él . De este modo, la mentalidad orgánica intenta balancear los aportes del pensar teórico y el decidir práctico, conjugar la iluminación de la razón y la fe con la exigencia vital, pero todo ello centrado en la Causa Primera que se revela por medio de la Creencia Práctica en la Providencia Divina.

8. Tomando la exposición anterior como contexto explicativo, examinemos uno de los polos principales en la tensión existente en la ética contemporánea: la persona individual y la comunidad. El P. José Kentenich adopta una frase de origen Paulino (san Pablo de Tarsos) al expresar su antropología teológica-filosófica, a saber: hombre nuevo (persona nueva) en la comunidad nueva. La persona nueva es se describe como (traducción propia) “ quien es capaz de vivir en comunidad, quien esta inmerso en Dios, y quien accede a todo los deseos de Dios a partir de sus convicciones internas... es un ser totalmente divinizado, moral y espiritualmente impulsado; una persona integrada (Carta a Norteamérica II, página 212).

El hombre nuevo se esmera por la auto-realización o perfección de su naturaleza, pero dentro del orden de la gracia sobrenatural desde la cual la persona recibe la llamada a divinizarse o dejarse conducir para transformarse en hijo de Dios, pues en ello consiste la máxima expresión de la dignidad humana. Según la antropología kentenicheana, la perfección humana consiste no tanto en ser una obra acabada y plena de sí, sino en el abandono de todo su ser a Dios en cuanto sea ésta una actitud o ideal fundamental que le inspire y oriente en el desarrollo de cada capacidad en armonía para configurar su persona en una totalidad orgánica. (Recordamos que la gracia presupone y opera en función de los anhelos, inclinaciones, capacidades naturales)

La persona nueva enraizada en el orden espiritual se hace a sí misma dependiente de ideales, particularmente en cuanto estos cumplen con los anhelos que orientan y forman su libertad interior. Desde la esfera de una libertad atenta a la verdad sobre la naturaleza humana y su bien integral, la persona nueva trasciende toda cohesión y logra la autonomía responsable en

el sentido de autenticidad o de una vida realizada en términos de convicciones interiores que llaman a la generosidad.

9. Pero, la persona nueva resulta inseparable de su vivir en-por-para la comunidad, en particular esa comunidad íntima y formativa que es la familia. Para así vivir, la persona nueva aprende a abrirse en disponibilidad hacia la singularidad de la otra persona, y con la Gracia, alegrarse de los dones particulares que Dios en su sabiduría y amor creativo a otorgado a cada persona. En mutua aceptación se va desarrollando una reverencia, que más que además de respeto a la dignidad, incluye un cierto asombro ante el misterio único en cada persona. Así las cosas, la realización de sí mismo en autonomía a nivel de autenticidad en cuanto responde a ideales por convicción interna, no meramente incluye, sino que exige la integración de sí a la comunidad formada, en el mejor de las condiciones, por persona nuevas. La atención a los derechos individuales se conjuga con el reconocimiento de los deberes comunitarios gracias a la apertura afirmativa que seguidamente identificamos con el amor como experiencia primaria.

10. El componente espiritual, expresado como Alianza de Amor, representa la dinámica de la persona en comunidad. En una familia ideal los miembros se unen en apoyo recíproco en cuanto intereses y bienes porque reconocen la importancia de educar el corazón en y para el amor. P. José Kentenich percibe la familia, en su sentido amplio en el ámbito de comunidad cívica, pero en particular a nivel doméstico, como una comunidad de vida y destino, de ideas y corazones, como de oración y sacrificio. Para mejor entender este concepto de comunidad es preciso percibirla a nivel natural y luego apreciarla a nivel sobrenatural. En última instancia, la familia se inspira en el misterio de la Santísima Trinidad como comunidad de sabiduría, poder y amor, en el Amor de Cristo a su Iglesia, al igual que del modelo que la familia de Nazaret nos brinda. De estas esferas sobrenaturales, la familia natural encuentra la inspiración y la motivación para convivir uno en el otro espiritualmente y cultivar un concepto claro, como también un sentimiento profundo, de responsabilidad uno por el otro ante la Providencia Divina.

11. Con sorprendente realismo, el P. José Kentenich, reconoce que el esfuerzo por integrar la persona autónoma consciente de sus derechos y su ser social para participar en la comunidad, ante la cual se sabe responsable, no elimina las tensiones. En vista de ello, el P. José Kentenich recomienda una interpretación que resalte el aspecto creativo, y por consiguiente positivo, de las tensiones. Una persona de temperamento y carácter firme quien desarrolla una personalidad sólida, sin duda puede experimentar tensión con la comunidad y a su vez generar conflictos con y entre sus miembros, pero ser también quien inyecta nueva vida e ideas innovadoras en esta, la protege de la superficialidad y de la tendencia al democrático nivelador de la singularidad propia a cada persona. Del otro lado, una comunidad puede ofrecer y asegurar que cada persona individualmente aporte su talento y capacidad para lograr un bien en común, y que no se disipen en funcionar de modo aislado y unilateral. Cada esfera, de la persona, la individual y la comunitaria, tiene que mantener en claro su función y afirmarla con énfasis en un aspecto correspondiente a su función. De este modo se genera una competencia generadora de vida y no conflictiva y excluyente.

12. La tensión generada en la comunidad, y en particular en la familia, queda en primera y última instancia armonizada por el poder del amor. El amor es la fuerza básica y central de la persona humana. En cuanto básico, el amor anima a todas las funciones humanas, las del espíritu como las del cuerpo, integrando los actos de la consciencia y motivando la voluntad, hacia una unión y articulación con las funciones de la persona amada. En cuanto central, el amor influye en todas y cada unas de las capacidades humanas, y por ello es la energía motivadora de sus respectivos funcionamientos- el pensar se hace más diáfano al pensar en al amado, la voluntad se confirma para perseverar en su rectitud cuando ama, y la afectividad experimenta la emoción de la dicha que trasciende el placer en cuanto experiencia. Por supuesto, es importante evaluar las cualidades objetivas de lo que se ama o a quien se ama. El amor tiende puentes entre las personas y las orienta hacia objetivos en común. El amor, en cuanto una fuerza fundamental y poderosa, configura la personalidad singular de cada persona en la modalidad más original concebible de modo que conserva su individualidad, pero también le impulsa hacia al amado y lo que éste ama, con lo cual forma una comunidad sustentada en la misma fuerza.

13. La educación del amor, en el amor como la fuerza impulsora de la educación, y por el amor como meta a la pureza y nobleza máxima del corazón, se presenta prometedora de armonizar los derechos propios y los deberes hacia otros, lo privado y lo público, y en las esferas en que ese amor se reconozca como objeto del trabajo formativo. El amor armoniza no en el sentido de balancear dos polos en un mismo nivel, sino a modo de integración de dos polos en un nivel que los engloba y eleva. Para entender cómo funciona el proceso de integración es preciso explicar ciertos principios estructurales de la comunidad, para luego reafirmar lo expuesto sobre la Alianza de Amor.

14. Los principios estructurales de una comunidad humana representan, para el P. José Kentenich, su aprecio del orden y de la justicia como condiciones para la educación en y por el amor. Estos principios aportan una base objetiva para la interacción del amor entre la persona en autoridad y sus seguidores, y a la inversa, como también entre los seguidores entre sí. Toda comunidad necesita para su identidad una red de vinculaciones y restricciones que aseguren una estructura estable y permanente a través del tiempo, y en atención a los cambios en los miembros y las circunstancias. Pero para garantizar la autonomía personal de cada miembro, en su esfuerzo por realizarse naturalmente, y simultáneamente lograr la santificación prevista por la Providencia Divina, es necesario que las restricciones sean reconocidas desde el interior, y apreciadas por convicción de parte de cada persona.

15. Nos encontramos ante una estructura federativa - mas allá de la democracia estilo liberal y más allá de un colectivismo dictatorial - según la cual se contempla regirse por la ley y el orden objetivo en común, al igual que fomentar la libertad en la participación individual según elección propia en la vida personal. La estructura federativa intenta proteger los derechos y deberes de la persona consigo misma, pero también coordinarlos en complementariedad. Por eso la comunidad de estructura federada destaca el valor singular de cada aporte en su función de lograr un fin común el cual sólo el conjunto operante puede realizar. En este contexto, P. José Kentenich designa el principio de "construcción" = restricciones sólo en lo necesario, libertad en cuanto posible, y formación espiritual en todo lo posible"

16. La comunidad también necesita para cumplir con sus metas y realizar sus tareas correspondientes la presencia de dirigentes responsables. Ni bajo la forma de democracia en su versión unilateral (democraticismo) ni de la auto/monocracia puede un dirigente ejercer responsablemente su autoridad correspondiente para generar, mantener y encausar la vida en otros. Una autoridad legítima, en su condición de persona notable o en su condición de ocupar una posición oficial, no ejerce poder manipulador y opresivo. Mas bien su ejercicio de autoridad lo hace informando e informándose a sí, consultando y facilitando la consulta, invitando la participación en el proceso de consulta pero reteniendo la responsabilidad de configurar la decisión en su etapa final. También ha de participar en la implantación activa de la decisión y aceptar responsabilidad por las consecuencias. El P. José Kentenich sustenta su concepción de la autoridad en un principio que expresa así: "gobierno autoritario en principio y democrático en la aplicación". Creo que este principio corresponde a los derechos básicos de cada persona, a su deseo natural de participar y compartir democráticamente en las tareas ejecutivas y legislativas, como también el deseo natural de apoyar la autoridad legítima que une y orienta una comunidad hacia el bien común o el bien en común.

17. Pero una comunidad, además de dirigentes responsables, exige para el cumplimiento de su finalidad comunitaria y servicio de los individuos, colaboradores responsables y solidarios entre sí. Los miembros se unen, en particular en cuanto a la familia se refiere, para vivir y para trabajar, pero han de hacerlo conservando su originalidad y autenticidad por medio de una autonomía responsable hacia ellos individualmente y hacia la meta comunitaria. De modo, que resulta indispensable que cada miembro de la comunidad se sienta responsable de su área de trabajo, que resuelva con sus propios recursos los problemas al nivel en que estos se presenten. Naturalmente, al faltar la competencia necesaria para resolver sus problemas en su nivel propio, ha de acudir a la autoridad competente en el área problemática, comunicar y dialogar con franqueza y apertura sin menoscabo de su perspectiva. La autoridad supervisora puede tener la última palabra y asumir así la responsabilidad ante el problema en cuestión. El P. José Kentenich llama a esta directriz principio de "comunicación" En cuanto que los seguidores intentan resolver los problemas al nivel de su responsabilidad, estaríamos hablando del principio de "subsidiariedad"

18. Como hemos continuamente destacado en el pensar orgánico de P. José Kentenich, el núcleo de la comunidad está en el poder del amor. Al amor podemos designar como el principio de "unidad" en atención a la nomenclatura orgánica. A este principio el P. José Kentenich le reconoce una dimensión que hemos ya considerado pero que es preciso recapitular en su originalidad- se trata de un co-principio, el de "tensiones creativas". El amor une precisamente porque facilita el crecimiento vital y personal de individuos de marcada diversidad, pero quienes retienen su originalidad precisamente en el contacto contrastante y complementario de las relaciones intersubjetivas. En principio de "unidad" destaca el rol de la Alianza de Amor en la creación, conducción y perfeccionamiento de una comunidad. El principio de "tensiones creativas" preserva y aumenta la vitalidad de la comunidad. Son precisamente estos dos últimos principios los que mejor ayudan a superar la dicotomía entre individuo y comunidad, y así contribuyen a integrar a la persona autónoma a la comunión con sus semejantes, de modo tal que se puedan responsabilizar ante el resto de la Creación, y conservar su apertura al Dios Persona quien también es Comunidad-Trinitaria. Como repetidas veces diría el P. José Kentenich, una comunidad perfecta presupone personalidades perfectas en cuanto unidas en amor y esforzándose por lograr un ideal en común percibido como un bien objetivo.

19. Una ética del cuidado puede contar como sustento la Alianza de Amor. La auto-realización de la persona nueva, integrada a una comunidad también renovada, presupone, tal como hemos señalado varias veces, una alianza de amor que supera la relación contractual de la ética de los derechos individuales y también la ética contractual o consenso de deberes sociales para promover los bienes mínimos con el objetivo de evitar conflictos. Mas allá del lenguaje de derechos y de deberes est el amor, pues el amor en cuanto sea autentico conserva los reclamos de la justicia comunitaria a la vez que respeta la autonomía de la persona individual. La Alianza de Amor fomenta la obligación comunitaria en vista de lograr una unidad real permeada de espíritu, y no un mero compromiso de mínimos y de tolerancia acomodaticia. El amor armoniza las tensiones polarizadas de auto-realización, auto-renuncia como la de autonomía-entrega de sí a otra persona representativa de un ideal trascendental a ambas personas.

En su esencia la Alianza de Amor es un intercambio de corazones- el núcleo de la personalidad en cuanto expresión individual del ser persona. Inspirado por la mutua entrega se intercambian intereses y bienes individuales que a su vez se transforman en categoría a modo de bienes en común.

20. El concepto mismo de Alianza en Amor responde al anhelo profundo y representa una condición existencial de la persona de verse complementado en su ser único de integridad y dignidad propia por otro ser, también único quien en su integridad y dignidad hace de su ser un don en entrega libre y consciente. En primer lugar, el ser persona en sí es una entidad espiritual quien, en dependencia de Dios Creador y Providente, necesita de la constante intervención de Dios para su plena realización como imagen y semejanza de Dios. De modo, la primera y más importante dimensión de la Alianza de Amor es la filialidad divina. El Dios de la Cristiandad se ha revelado a sí mismo como la Deidad quien inicia de modo gratuito la Alianza e invita al ser humano a responder en reciprocidad amorosa y libre para así lograr su salvación lo cual expresa la perfección humanamente anhelada como entrega filial. Es decir, en la entrega o abandono de sí mismo a un Dios persona logra el ser humano la realización de sí. La santificación y felicidad plena se identifican. En segundo lugar, la Alianza de Amor con Dios responde al anhelo del alma de preservar la integridad e individualidad de la persona y así no perder la personalidad que representa su imagen ante sí y ante otros. El Dios de la Alianza no es tan solo una deidad espiritual, una idea inefable, sino una persona que ama a la persona humana individual y le invita a responder en su originalidad a ese amor. Asegura de esta manera la bondad intrínseca de la persona, es decir su dignidad en cuanto que esta descansa en la relación filial con Dios. De esta dignidad enraizada en la Alianza se derivan la autonomía responsable y los derechos individuales en cuanto reclamos para cumplir con los deberes que el ser hijo de Dios supone.

21. Pero, la Alianza de Amor además de promover la experiencia del intercambio de corazones con Dios y con las personas celestiales, y la integridad con el ser propio de la persona, promueve la comunidad específicamente cristiana. Sirve de antídoto a la pérdida de integridad personal ante la posibilidad de una convivencia social al estilo colectivista o anónimo. Cada persona ni es un número en las consideraciones estadísticas, ni un objeto funcional ha ser

manipulado según criterio impersonal. Al Dios concertar una Alianza de Amor con cada persona, ésta queda elevada en dignidad y presentada para ser afirmada y aceptada en su bondad intrínseca y así formar una comunidad en complementariedad de bondades. En ella la deficiencia o limitación de una persona puede ser superada por la otra persona en una red de reciprocidad, y en la cual cada persona retiene su originalidad o su ideal personal en cuanto proyecto vital encomendado por Dios, a la vez que acepta la misma cualidad en el otro. Los miembros de la comunidad concertan una vinculación de Alianza de Amor, teniendo a Dios como eje de la interacción personal, para formar una convivencia en responsabilidad recíproca. La renuncia de un bien particular e individual por lograr un bien en común para la comunidad, afirma la autonomía sobre la naturaleza egocéntrica del “yo” individualista, y así realiza el yo auténtico de la comunión interpersonal. Así las cosas, la renuncia de una etapa de crecimiento en particular a favor de otra etapa que promete una cercanía de mayor consciencia a la intimidad con Dios constituye una realización de sí en cuanto persona redimida o liberada de etapas primitivas en la cual el egocentrismo pueda predominar. Ya la exposición de la Alianza de Amor, como sustento a la ética del cuidado, ha girado en torno a la dimensión estrictamente teológica hacia la cual el pensar orgánico sobre la persona nos dirige. Con una referencia a la Virgen María, como eje y enlace entre la razón natural y la fe religiosa, introducimos el próximo capítulo dedicado a la espiritualidad del Padre José Kentenich en su sentido estricto.

22. En el contexto específico de la espiritualidad schoenstattiana la Alianza de Amor se realiza con el protagonismo de la Santísima Virgen María. El carácter mariano de la Alianza de Amor según el P. José Kentenich se justifica dogmáticamente por la posición y función de la Madre de Dios en el plan salvífico de la Redención. Al momento de la Anunciación, nuestra Señora representa la humanidad. Aun si Ella, al ser concebida sin pecado original, está dotada de los dones del esplendor por Dios originalmente regalado a su obra creadora, su representación es válida para los seres humanos. Al decir su SI o FIAT a la encarnación de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad y al obra de Redención del hijo mismo de Dios, Ella nos une en la Alianza entre el Cielo y la Tierra. En su modalidad de Inmaculada, María se nos hace persona realmente integrada según la visión orgánica del P. José Kentenich. Es decir, en el contexto de la visión teológico-filosófica del universo que integra la Causa Primera y las causas segundas en la dinámica de las criaturas, surge la Madre de Dios como la Causa Segunda ejemplar. Ella es la persona humana plenamente integrada en espíritu y cuerpo, en la armonía del pensar la verdad, decidir por el bien, y amar con generosidad desprendida de todo egocentrismo. Todo en Ella anuncia su dependencia en Dios Creador/Providente. La Inmaculada es el modelo perfecto de la nueva persona en la nueva comunidad, a la cual toda persona en Alianza con Dios por medio de María Santísima anhela imitar. La explicación de la espiritualidad mariana que la Inmaculada presenta la posponemos hasta el próximo capítulo centrado en la espiritualidad del P. José Kentenich al servicio de la medicina como ministerio. (Ver IMPULSO, Conferencia dictada en Chile, 31-5-1999, para una exposición detallada de este tema mariano)

23. Resumen . La persona nueva de la antropología cristiana del P. José Kentenich se articula como la persona mariana. La persona mariana configurada por medio de la Alianza de Amor con Dios en y por María Santísima es la persona nueva encomendada en fomentar una moral de vitalidad, una ética integradora de las categorías de derechos individuales y deberes comunitarios, autonomía y entrega por medio de un amor en última instancia enraizado en la vinculación filial con Dios Padre. Pero María Santísima, más que una mujer de rasgos eternos y de excelencia suprema para la mujer imitar, es el arquetipo del principio femenino presente en toda persona bien sea del género femenino como del masculino. El principio femenino como categoría ontológica a la vez que psicológica expresa el valor de lo intuitivo, lo afectivo y lo personal en todo discurso humano en general y en el ético del cuidado en particular. En Ella el principio femenino interactúa armoniosamente con el principio masculino, el cual en cuanto también categoría ontológica, designa la lógica discursiva, el análisis intelectual y la fuerza de la voluntad. Es así, que la persona mariana es ontológica y éticamente, en su ser de creatura y en sus actitudes formativas del carácter un otro Cristo. En vista que María Santísima es la hija perfecta del Padre Dios, la compañera inseparable del Dios Hijo, y la receptividad plena de los dones de Dios Espíritu Santo, ELLA encarna todas las virtudes de la persona nueva. En el próximo capítulo explicaremos a la Inmaculada en su pensar, decidir y sentir.